

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 713 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 18 DE MAYO DE 1907

NUM. 17



EL ZAPATERITO

CONTINUACIÓN

—¡Ah! ¡qué suerte de pájaro!—exclamó Luisita viéndole devorar su presa.

El cuervo, asustado por el grito de la niña, y creyéndose perseguido, soltó su entretenimiento, y de un vuelo se apartó bastante.

—Mira, Luisita, Dios te le ha en-

viado—dijo Guillermo cogiendo el asado;—ahora puedes comer, sin necesidad de vender la caja.

—Nos le comeremos entre los dos, como buenos hermanos—le dijo á Guillermo loca de contenta.

—No—la respondió,—no quiero:



Gente Menuda

cuando vuelva á casa me tendrán guardada la cena. Lleva mi parte á tu abuela; las dos estáis hambrientas, y no tenéis como yo quien os dé de cenar.

Guardó la caja entre el delantal de Luisita, y cogiendo unas hojas verdes para envolver la carne, se encaminaron á buen paso al pueblo.

Guillermo acompañó á la afortunada niña hasta su choza, y tomando el camino del castillo, entregó las botas, cobró, le dieron un nuevo encargo, y se dirigió apresuradamente hacia su casa.

Algún tiempo después del encuentro con la niña, Guillermo tuvo que llevar un par de botas á una señora del pueblo en que Luisita vivía con su abuela. Cumplió su encargo á escape, y dirigió sus pasos á la choza donde albergaba su nueva conocida. La ventana estaba abierta de par en par, y aproximándose, pudo ver el interior de la mezquina vivienda. Divisó en un rincón á una anciana, que parecía reposar sobre un montón de paja; Luisa hilaba á su lado sentada en una banqueta. Allí no se debía haber encendido lumbre desde largo tiempo, pues no se notaba la más pequeña señal de ceniza. La única riqueza de la niña, la caja, estaba sobre el fogón, rodeada de una guirnalda de margaritas. Así como otras niñas coronan el retrato de su padre, Luisita adornaba todos los días con flores la caja que le recordaba el suyo.

Al ver á su amiguito, la pobre niña dejó su huso y fué corriendo á la ventana.

—¿Y hoy, tienes hambre?—la preguntó Guillermo dándola unos cuantos panecillos.

Contemplando la tostada corteza del pan se le escapó á Luisita tal grito de alegría, que su abuela despertó sobresaltada. Miró el precioso regalo con ojos ansiosos, y después de estrecharlo contra su corazón, como hubiera hecho con una muñeca, se lo llevó á la enferma, diciéndola llena de júbilo:

—¡Mira lo que me ha traído mi

amiguito! ¡Qué rico estará! Tú te comerás la mitad, que está tierna, y yo, que tengo buenos dientes, la corteza, que está demasiado dura para ti. ¡Ah! Desde que falleció mi padre no he vuelto á ver pan blanco; el último que comí me lo trajo él de la feria.

En este tiempo Guillermo se había separado de la ventana, y asomaba ya por la puerta de la habitación.

—Querido niño—le dijo la anciana,—el cielo te envía de nuevo para salvarnos de la miseria. Dios debe tenerte muy presente cuando te da el alto destino de ser nuestro ángel bueno.

Guillermo, á los pies de aquella humilde cama, era el más feliz de los mortales. El, pobre niño abandonado, había podido aliviar por dos veces la desgracia de dos seres aún más olvidados de la fortuna que él mismo. Su corazón se había henchido de la más pura alegría. «Sí, se decía, Dios se acuerda mucho de mí á pesar de aquella mentira. ¡Oh!, en lo sucesivo le suplicaré me libre de todo mal, á fin de agradecerle.»

—¿Quién te ha regalado estos panecillos?—le preguntó Luisita al partir el borde del que tenía en la mano, y apartando la miga se la entregó á su abuela, triturando ella la corteza con sus hermosos dientes.

—Los he comprado—respondió Guillermo.

—¿Tienes dinero?—exclamó asombrada la niña;—¡y yo que te creía tan pobre como nosotras!

—Tengo el dinero suficiente—repliqué Guillermo—para enviarte todas las semanas cuatro panecillos como éstos; cada tres días termino un dibujo que me vale 24 céntimos, ó lo que es lo mismo, 48 céntimos por semana, justamente el importe de los panecillos, y el domingo me hago uno entero para comprar con su valor papel; en cuanto gane más les mandaré á ustedes un trozo de carne.

Luisita se puso á bailar de gusto.

Gente Menuda

—¡Todas las semanas cuatro panecillos y de vez en cuando un pedazo de carne!—repitió tres ó cuatro veces. La madre de nuestro vecino Miguel nos la cocerá, porque nosotras no tenemos leña. ¡Qué bien sabrá! Me permitirás echar un poquito de pan en el caldo para probarlo, ¿no es verdad, abuelita? Te va á sentar divinamente; tú estás débil porque necesitas alimentos sanos y buenos.

La anciana tendió la mano al pequeño bienhechor, y le dijo:

—Dios te bendiga, hijo mío, y te recompense todo el bien que nos haces; yo no cesaré de rogar á todas horas por ti.

—Sí, rogad por mí, buena anciana—exclamó Guillermo;—ya no tengo madre; mientras vivió, ella lo hacía, suplid ahora su falta.

Guillermo no podía detenerse más; su maestro aguardaba pronto su regreso; por tanto, combino á escape con Luisita el modo de recibir los panecillos semanales. El no podía llevarlos tan lejos, sino cuando tenía que entregar en el castillo, de modo que Luisita tenía que ir á buscarlos.

—Ya sabes el camino—la dijo;—voy á describirte la casa. Es un caserón pintado de amarillo é inmediato á la puerta del pueblo. El maestro duerme en alto, y yo aún más alto, en una guardilla. Mi tío no te dejaría ir á casa; pero puedes entrar en el patio, la puertecita siempre está abierta; verás una cuerdecita que pende á lo largo de la pared, tira de ella; está enganchada á la aldabilla de la ventana de mi cuarto; yo subiré la cuerda, ataré los panecillos y la volveré á dejar caer... Es necesario que estés allí antes de las seis de la mañana, pues más tarde me habría bajado á trabajar. Ve pasado mañana por primera vez. Adiós.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, saliéndose á la calle, empezó á correr con todas sus fuerzas, pues daban las cinco en el reloj del cas-

tillo, y él debía estar en su casa á las cinco y media.

Se deslizaron varios meses. Pasaron el estío y el otoño, y el pobre Guillermo, con hartó dolor de su corazón, podía trabajar muy poco para sus protegidas. Los días disminuyeron notablemente; al principio dibujaba por las mañanas á la luz de una mala candileja; pero pronto el frío le hizo desistir, pues con las manos temblorosas y los dedos engarabitados no se puede trazar una línea; en cuanto se levantaba corría á calentarse á la cocina, donde chisporroteaba la lumbre dispuesta para cocer la sopa que servía de desayuno.

Desde que no vendía dibujos su bolsillo estaba vacío y, por tanto, se en-



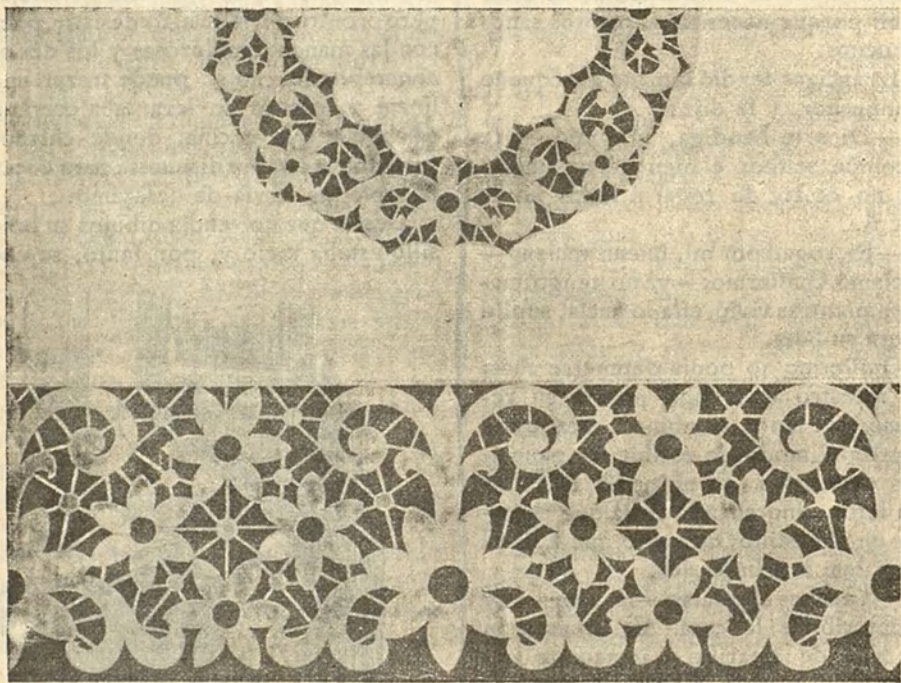
contraba en la imposibilidad de comprar los panecillos. Pensando substituir de algún modo esta falta se le ocurrió buscar dos pucheritos, poniendo en uno de ellos todos los días la mitad de su sopa, que guardaba en su cuarto. Así cuando la niña tiraba de la cuerdecita, él la daba el puchero lleno de sopa, casi siempre helada, y se quedaba con el vacío para llenarle al día siguiente.

Continuará.

LOS QUEHACERES DE SARITA

Tienen ustedes mucha paciencia... mucha... mucha... mucha? ¿No? Pues no se metan jamás en hacer encaje Richelieu. ¿Qué dicen ustedes? ¿Que si es muy difícil? ¡Quia! Facilísimo; como que no es más que festón... festón... y sólo festón; creo que no puede ser más sencillo.

¡Ah! Pero no sé si les dije ya que los días que me dejaron sin ir al colegio en premio á mi aplicación... *aunque me esté mal el decirlo...* Me he fijado en que cuando uno quiere alabarse, lo cual dicen que está muy mal hecho, en



añadiendo, *aunque me esté mal el decirlo*, ya se queda perfectamente con el público; esto son cosas que voy aprendiendo; papáito las llama *picardibuelas*... no sé cómo las llamarán ustedes.

Bueno; pues quedamos... ¿en qué...? ¡Ah, sí!, en que aquellos días me divertí mucho, pero también tenía ganitas de empezar con otras labores; me gusta muchísimo hacer labores, y además, estar siempre jugando también cansa; eso se queda para las niñas chiquitas, yo ya voy siendo muy grande; como que muchos días el que se va á casar con mi hermana me da *la mano* y me hace una reverencia... así... Con eso estoy muy ufana, porque veo que voy siendo mayor; es verdad, que si hé de ser franca, la cara de ese caballero se pone bastante burlona y antipática cuando hace eso, lo cual no me hace ni pizca de gracia. ¿No ayudo mucho á hacer las labores? Pues eso no lo hace una niña pequeña. ¿Quieren que sea pequeña? ¡Ah!, pues entonces que no me hagan trabajar, y que me dejen tirarle de los bigotes á ese joven. Papá dice siempre: «Hay que ser lógicos». Bueno; pues yo digo la mismo.

Y el caso es que hoy me parece que no les voy á contar á ustedes nada *seguido*, porque tengo la cabeza á dáraros.

Gente Menuda

A ver si nos entendemos. Yo tenía muchas ganas de empezar otra labor, y me encargó mi hermanita una almohada de bordado Richelieu; ella hacía la sábana y las almohadas cuadradas, yo el almohadón. A mí me gusta mucho explicar á ustedes las labores que hago; pero ésta no tiene explicación posible; puede decirse que se compone sólo de estas dos palabras: paciencia... y festón. Luego se recorta y quedan los dibujos, más ó menos complicados, hechos de la misma tela. Es muy bonito, se lo aseguro á mis amiguitas de GENTE MENUDA; pero es muy pesadito, también se lo aseguro.

Por más que lo he procurado, no he podido conseguir coger un pedazo del dibujo que yo he hecho, que era muy ancho y muy reprecioso; pero por si alguna niña desea tener una idea de este bordado ó encaje, ó como se llame, envío esa muestrita mucho más sencilla, pero también muy mona. ¿Ven ustedes las hojas grandes? Pues están formadas con festones. ¿Ven ustedes las barritas que sirven de unión entre unas y otras hojas? Pues están hechas á festón. ¿Ven los centros de las hojas? Pues á festón también. ¡El delirio de festón! Esto del *delirio* creo yo que debe correr parejas con aquello de *la mar...*; pero ¡qué le vamos á remediar!, de alguna manera he de hacer comprender á mis amigas lo muchísimo que he trabajado en el dichoso almohadón.

Me han dicho muchas niñas que las gusta saber lo que hago, y que algunas hacen las mismas labores que hago yo.

Por eso me agrada á mí decirlo; pero como no miento nunca, las digo lo mismo lo bueno que lo malo, y, por tanto, repito una vez más: el encaje Richelieu es muy fácil, es muy bonito... pero es muy fastidioso.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





EPISODIOS HISTÓRICOS

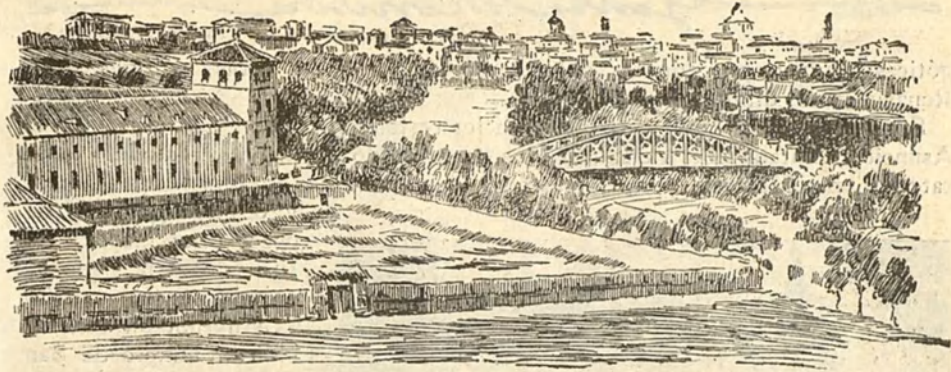
LA CAMPANA DE HUESCA

El asunto terrible que el artista J. Casado del Alisal trasladó a su lienzo con tan sangrientos detalles, más que en un hecho histórico, se funda en una leyenda, pues sobre ser poco apropiado al carácter del Rey á quien se atribuye, no lo mencionan los historiadores contemporáneos ni inmediatos á D. Ramiro *el Monje*.

Habiendo enviado el Rey un mensajero á consultar con el abad de su antiguo monasterio de Saint Pons de Thomiere cómo debería conducirse para tener tranquilo el reino y sumisos á los magnates que le menospreciaban, el buen abad hizo entrar consigo en la huerta del convento al enviado del Rey, y á su presencia fué derribando y decabezando las más altas y lozanas plantas del huerto, advirtiéndole que por toda respuesta contase al Rey lo que había visto.

Comprendió el Rey el consejo, y reunió en 1136 á los magnates de su reino, y les dijo que pensaba fundir una campana que se oyese en todos sus dominios. Burláronse los nobles de tal proyecto; pero un día que fueron á palacio, el Rey, que tenía gente preparada, los hizo degollar y formar con sus cabezas en una bóveda la famosa campana. La leyenda añade que en otra estancia del palacio había dejado el Rey á los hijos de los magnates ejecutados, y que después los hizo contemplar la campana terrible para que escarmentaran.

El pintor ha escogido el momento en que el Rey monje hace bajar á la bóveda en que se ha ejecutado su tremenda justicia á los demás nobles, que quedan espantados á la vista del sangriento cuadro que ante sus ojos se presenta. «La anécdota, dice el Sr. Lafuente, aun cuando no se apoya en documento alguno histórico fehaciente, podría ser creíble si se tratara de un príncipe más cruel y severo que D. Ramiro ó de más ánimo y resolución que él; pero aplicada al Rey monje y no confirmada por la Historia, nos parece inverosímil é inadmisibile.»



VISTA GENERAL DE VALLADOLID

LAS CIUDADES ESPAÑOLAS

Capital de la provincia de su nombre, hállase situada Valladolid en la margen izquierda del Pisuerga, en su confluencia con el Canal de Castilla y el Esgueva, cuyos brazos, cubiertos en parte por una bóveda, atraviesan la ciudad. Tiénese como cosa probada que existió en tiempo de los romanos, aunque se ignora la época cierta de su fundación y si fué uno de los lugares habitados por los primitivos españoles. Llamábasela en el bajo latín Vallisoletum, y la primera mención histórica que de ella se hace es en el reinado de Alfonso VI, figurando como propiedad del conde Ansúrez. Este célebre conde la engrandeció con importantes fundaciones y erigió varios templos, entre ellos el de Santa María. Frecuentemente visitada por los monarcas castellanos y favorecida con privilegios, pasó á ser dominio de la corona en el año 1231.

En esta ciudad se han reunido Cortes del Reino varias veces, y en el siglo xvii fué capital de la Monarquía durante algún tiempo. En ella se celebraron las bodas de los Reyes Católicos D. Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla, en 1469; murió Cristóbal Colón, en 1506, y nació Felipe II, en 1527.

Durante la guerra de la Independencia tuvo Napoleón en Valladolid su cuartel general, en 1809.

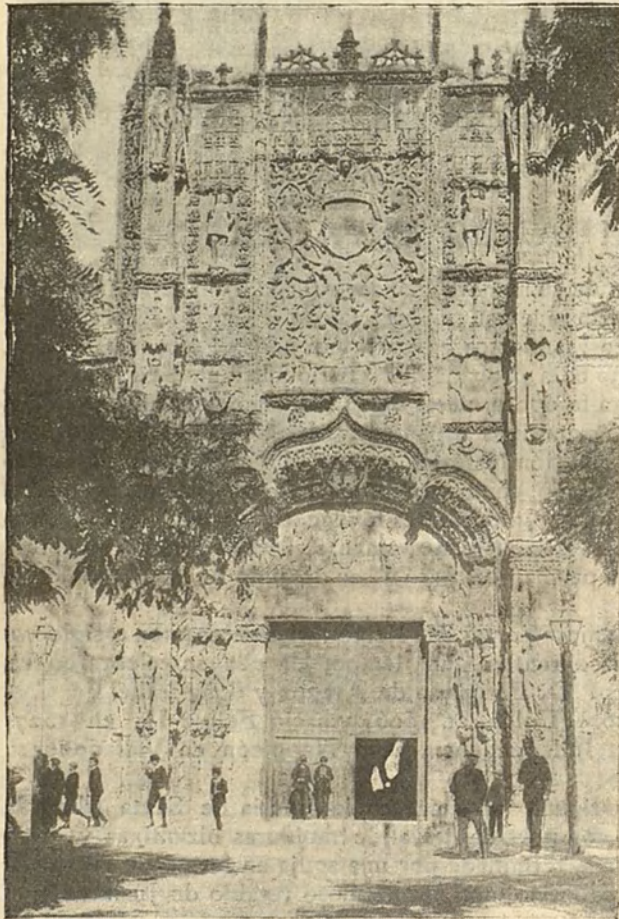
Figuran entre sus más antiguos monumentos la iglesia de Santa María la Antigua, fundada en 1088, con portada ojival de molduras bizantinas y grandiosa torre de cuatro cuerpos, terminada por una aguja en forma de mitra. El interior es de estilo gótico primario, con un hermoso retablo de Juan de Juni en el altar mayor.

La catedral se comenzó en 1585 por Juan de Herrera en el estilo de Renacimiento. En su fachada principal tiene cuatro medias columnas dóricas, sosteniendo, á sesenta pies de altura, el entablamiento del primer cuerpo con un arco central sobre la puerta y la imagen de la Virgen que la corona. Efigies de San Pedro y de San Pablo en los intercolumnios, y dos puertas menores á los costados. El segundo cuerpo fué construído por Churriguera, y desmerece mucho del otro. La misma diferencia se advierte en el interior del templo entre lo que fué construído por el autor del Monasterio del Escorial, y las extravagantes creaciones de Churriguera.

Tiene 122 metros de largo por 62,50 de anchura. Las sillas del coro son

góticas las unas, procedentes del antiguo templo, y las otras, del gusto del Renacimiento, dibujadas por Herrera.

Son notables: la capilla, que guarda los restos del conde Pedro Ansúrez; la Asunción, pintada por Velázquez; los archivos donde existe el modelo de la catedral, por Herrera, y la rica custodia de plata maciza, de dos metros de alta y 63 kilogramos de peso, obra maestra de Juan de Arfe, que se conserva en la sacristía.



FACHADA DE SAN GREGORIO

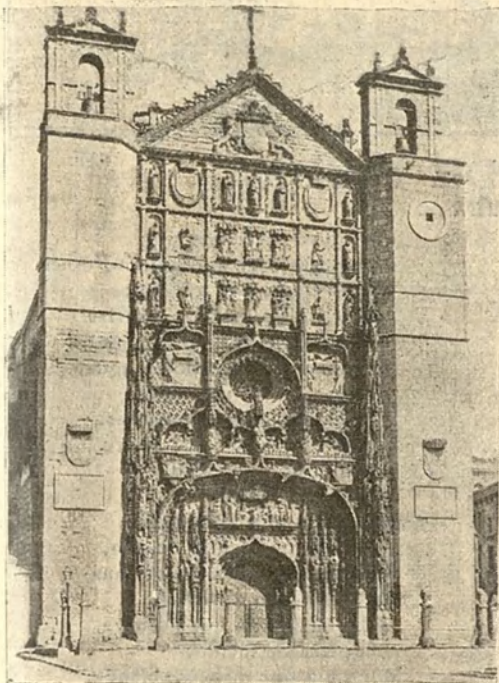
brazos del crucero, muy parecidas á la exterior; retablo de orden corintio, y la capilla del Relicario.

El antiguo colegio de San Gregorio luce una portada realmente primorosa. Flanquean el frontispicio tres órdenes de pilastras, terminadas por pequeñas agujas y con fondos de entretejidos juncos y esculturas. El escudo de los Reyes Católicos ocupa el centro, y á los lados campan otros escudos de obispos.

El patio de este edificio es suntuoso, con doble galería de columnas espirales. La escalera tiene un antepecho de ricas labores. Cúpula artesonada y pro-

Muy notable es también el templo de San Pablo, cuya construcción empezó en 1276, sobre el solar que donó la reina doña Violante, y se terminó en el siglo xv. En el día tiene portada con un gran arco rebajado, con un sinnúmero de efigies, orlado de festones; claraboya en la parte superior con hermosos arabescos y dos agujas de crestería en los costados, formados por haces de columnitas sutiles, pirámides y esculturas. El segundo cuerpo es parecido al inferior, y le remata un frontón triangular; á los lados se levantan dos torres cuadradas, desnudas de todo adorno. En el interior se ve una elevada y majestuosa nave con cinco bóvedas de dorada crucería, una hermosa sillería de coro, ricas portadas en los

Gente Menuda



FACHADA DE SAN PABLO

la corona una cornisa plateresca.

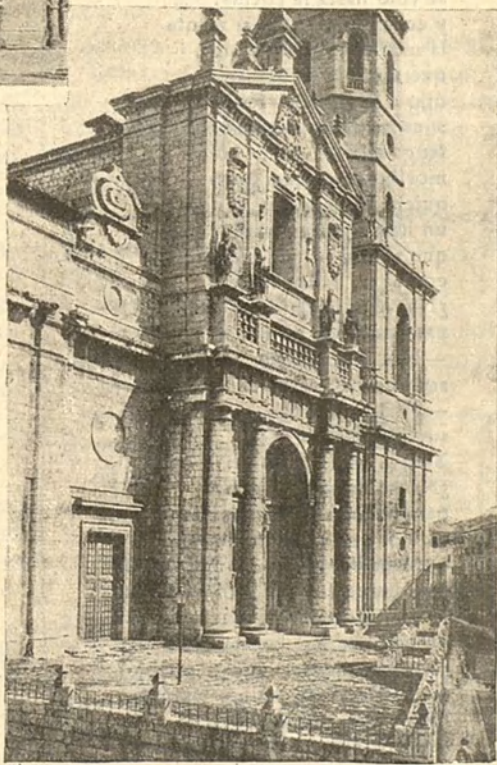
Del mismo gusto es la portada, con labores, columnas, pilastras y friso, y en el testero la figura del fundador, el cardenal Mendoza.

El patio tiene tres órdenes de galerías con arcos de medio punto, sostenidos por pilares octógonos, gótico antepecho en el segundo cuerpo, y elegante balaustrada en el tercero.

En la actualidad contiene este edificio una copiosa biblioteca de unos 30.000 volúmenes, y el Museo provincial, que posee obras de Rubens, Velázquez, Murillo, Ribera, Zurbarán, Jordán, Palomino y Díaz, y esculturas de Beruguete, Juan de Juni, Hernández y Pompeo Leoni, y las hermosas sillerías de San Francisco y San Benito.

fusión de adornos muy bello completan el grandioso mérito de la Biblioteca, Capilla y Refectorio. Muchas de las joyas artísticas de este edificio desaparecieron en la guerra de la Independencia. La invasión francesa destruyó este hermoso templo, en el que durante mucho tiempo se han venido haciendo obras de restauración.

Digno de mención es también el colegio de Santa Cruz. Magnífico cuadrado de piedra de sillería, dividido en tres cuerpos, cuyo frente corona una balaustrada, y rodea una diadema de pilares y flameros. La fachada principal está dividida en cinco compartimientos por machones góticos, rematados por agujas, y



FACHADA DE LA CATEDRAL



LA SOPA DE PIEDRAS

CUENTO

Erase en tiempo de guerra que asolaba la comarca, cuando, rendido, después de muchas leguas de marcha, un soldado llegó á un pueblo y empezó á buscar la casa donde venía alojado, hasta que logró encontrarla.

—¡A la paz de Dios, patrona!— dijo al ver en la ventana á una vieja, que al saludo no contestó una palabra. Mostró el hombre su boleta, y hallando la puerta franca, se coló hasta la cocina, y echando al suelo la manta la mochila y armamento, que tanto le fatigaban, dijo á la vieja: —Patrona, si es usted buena cristiana, tenga lástima de un pobre moribundo de carpanta; quiere decirse, que tengo un hambre tan atrasada que si usted no me socorre con algo, estiro la pata.

¿Hay una miaja de caldo, patroncita de mi alma?

—No, señor—dijo la vieja,— aquí no hay caldo ni hay nada.

—¡Válgame Dios, y qué poco surtida tiene la casa! Y diga usted, agüelita: ¿No se daría usted maña para hacerme unas sopitas de ajo, que salen baratas?

—Nada tengo, soy muy probe.

—Conque tuviera usted entrañas pa no dejar que se muera un hombre, me contentaba.

¿No hay piedras en este pueblo?

—¡Piedras? Sí, señor, y tantas... Lleno está aquel arroyuelo que por allí enfrente pasa.

—¡Pues entonces, patroncita estamos como en un arcal

que yo sé hacer una sopa de piedras, que aprendí en Francia que se chupa uno los dedos con ellas. Va usted á probarlas Trajo unas cuantas pequeñas y redondas, que echó en agua, y dijo:—Deme usted unos granos de sal pa ablandarlas. La vieja, que más que pobre como decia, era avara, seguía con interés el guiso que la encantaba.

—Venga un cachito de pan, aunque esté duro. La anciana sacó un trozo de libreta.

—La lástima es que no haya una pizca de tocino, que es lo que más las ablanda. Trajo tocino la vieja.

—Una cazuela vidriada, agua, una cabeza de ajo y dos huevos, y esto basta. La vieja le fué trayendo todo lo que le indicaba.

—Ahora á la lumbre, y al punto de cocer, con la cuchara de palo se dan seis vueltas muy despacio y muy bien dadas, para que las piedrecitas suelten su sabor á magras. Y si tiene alguna vez el capricho de guisarlas, las echa usted longaniza, que eso sí que las da gracia.

—Aquí tengo un pedacito—dijo la vieja taimada.

—Pues, ahora sí que la sopa va á salir como una lámina. Así que estuvo cocido todo, el mozo, con gran gana, se comió todo, dejando las piedrecitas intactas.

—¿No se come usted las piedras?—dijo la vieja asombrada.

—No señora; esas no sirven más que... para dar substancia.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS
LA ESPIGADORA

CONTINUACIÓN

MARIO.—(Llegando.) Por aquí, Luisa. Mirala, ésta debe ser. (Se dirige á María.) Eres tú la chiquilla que el guarda acaba de sorprender cogiendo nuestras espigas? (María llora sin poder hablar con los sollozos.)

LUISA.—(Contempla á María y coge á su hermano de un brazo.) Oye, Mario, no la digas nada; parece una buena muchacha. Mira cómo llora. ¡Las espigas valen bien poca cosa! ¿Por qué lloras así, niña?

MARÍA.—Porque me acusan sin motivo, y vosotros también me creéis culpable.

MARIO.—¿Y no lo eres?

MARÍA.—No, no lo soy, creedme. Unas me las dió un segador, y las otras las he recogido del suelo. Pero ese guarda me ha quitado la cesta y quería llevarme presa.

LUISA.—¿Presa? Mi papá no lo hubiera consentido. Mi papá es muy bueno y no quiere que se haga daño á los pobres.

MARIO.—No llores; ya verás como nuestro padre hace que te devuelvan tu canastilla.

MARÍA.—(Con alegría.) ¿De veras?

LUISA.—Se lo pediremos Mario y yo y seguramente accederá; ¿qué nos importan á nosotros unas cuantas espigas?

MARÍA.—¡Qué suerte tienes, preciosa niña, de no necesitar el socorro de nadie y de poder tú socorrer á los otros!

LUISA.—¿Eres muy pobre?

MARÍA.—¡Si no lo fuera no andaría espigando, señorita, para recoger nuestro pan!

LUISA.—¡Ah, es para comer para lo que vas cogiendo espigas!

MARÍA.—Mi madre y yo damos los granos al molinero para tener harina y hacer pan.

LUISA.—Pero recogerás muy poca...

MARÍA.—Menos es nada, señorita; así tenemos pan algunos días.

LUISA.—¡Algunos días!

MARIO.—Mira, para que tengáis para un día más, toma esta monedita de dos reales que yo he guardado porque era nueva.

MARÍA.—¡Una moneda de plata! ¡Tanto dinero!



MARIO.—¡Ja, ja, ja! ¡Tanto dinero! ¡Tómala, no seas tonta; si tuviera aquí mi hucha te podría dar bastante más, pero hay más días que longanizas y ya hablaremos

LUISA.—Sí; otro día te podremos dar más.

MARIO.—Por lo pronto vamos á ver á papá para que... Pero no, no. Mejor es que busque á ese barbarote de Pascual, el guarda, para que te devuelva tu canastilla.

MARÍA.—¡Ah, mil gracias!

LUISA.—¿Dónde vives?

MARÍA.—Allá abajo, en el pueblo.

MARIO.—Pues no te hemos visto nunca, y nosotros venimos todos los veranos á la finca.

MARÍA.—Es que no vivimos aquí más que desde hace ocho días. Nos tiene en su casa la tía Margarita.

LUISA.—¡La tía Margarita!

MARIO.—La conocemos. Es la viuda del tejedor.

LUISA.—Ya lo creo que la conocemos; viene á casa á fregar los suelos y á asistir.

MARÍA.—Pues allí estamos y allí me voy porque mi madre estará con cuidado al ver que tardo. Creerá que me he entretenido jugando. ¡Sí, buen juego he tenido yo!

LUISA.—¿Quieres que vaya contigo y la cuente lo que ha pasado?

MARÍA.—¡Serías tan buena!

LUISA.—¿Qué trabajo me cuesta? ¡Vaya una cosa! ¿Vamos?

MARIO.—Yo mientras voy á ver á ese borricote de Pascual.

ESCENA IV

MARIO

¡Qué felices somos mi hermana y yo de no tener que ir, como esta pobre chiquilla, á recoger espigas para vivir! Y la verdad es que la muchacha no parece una pobre. Va tan limpita y habla con una finura... Seguramente que papá me concederá... Aquí viene precisamente. ¡Y la canastilla también!



ESCENA V

MARIO, EL SEÑOR LATORRE y PASCUAL

MARIO.—(Corriendo al encuentro de su padre.) Cuánto me alegro de encontrarte, papá. (A Pascual.) Oye tú, dame esa canastilla.

PASCUAL.—¡Eh! ¡Eh! Despacio, señorito.

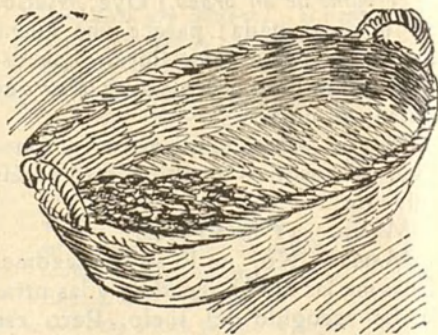
LATORRE.—¿Para qué quieres tú esa canastilla, Mario?

MARIO.—Es de una niña, á quien este picarón de Pascual se la ha quitado con las espigas que la habían regalado. Ya te lo contaré todo.

PASCUAL.—¡Picarón! ¿Conque picarón porque cumplo con mi deber y no ayudo á los ladrones? ¿Para qué me paga el señor?

LATORRE.—Pascual, ya se lo he dicho á usted muchas veces: para impedir que los vagabundos recorran mis tierras y molesten á mis colonos; pero no para prender á los pobres que buscan las espigas caídas de una rica cosecha.

PASCUAL.—Yo no los prohíbo espigar, señor, todo lo que quieran cuando la mies está ya fuera de la posesión; pero mientras queda una mata...



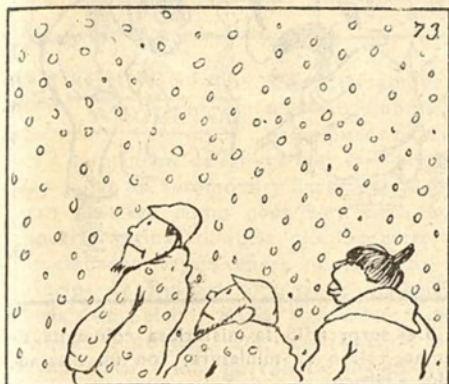
MARIO.—¿Por qué no dices cuando los campos están yermos y cubiertos de nieve? Valiente cosa quedará para espigar cuando se han llevado toda la mies.

PASCUAL.—El señorito no entiende de esto. ¿Quién nos responde de que no se trata de ladrones?

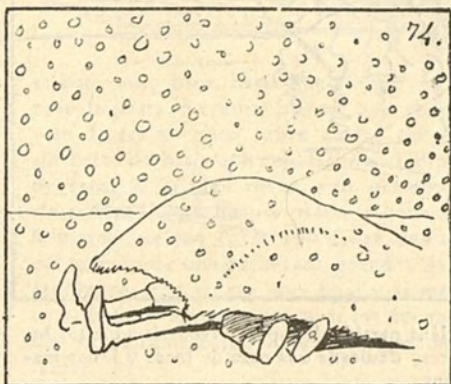
Continuará.

UNA EXCURSION AL POLO

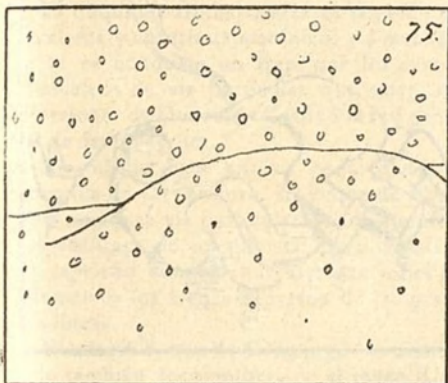
CONTINUACIÓN



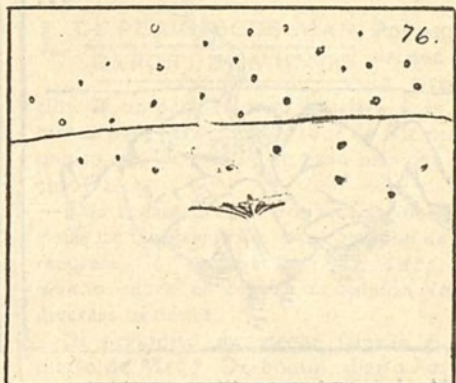
Apenas comenzaron á caminar por aquellas soledades cuando empezó á nevar copiosamente.



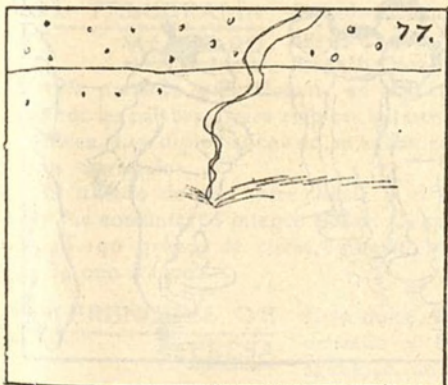
Como la nieve los envolvía y la marcha se hacía imposible, guareciéronse debajo de la canoa.



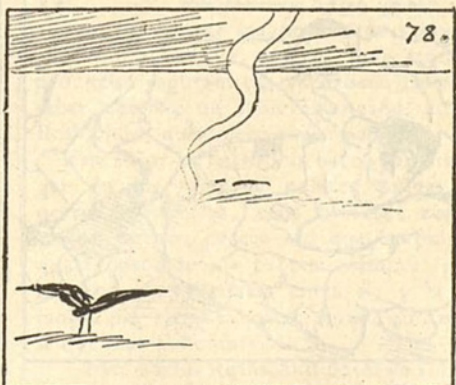
Lejos de cesar el temporal, cada vez caía más nieve que fué cubriendo su improvisado albergue.



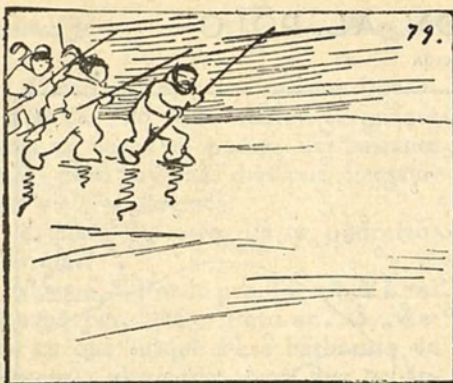
Poco tiempo después no quedaba en el suelo la menor señal de la canoa, fuera de un pequeño orificio.



Por aquella abertura se elevaba lentamente la columnita de humo de las pipas de los marineros.



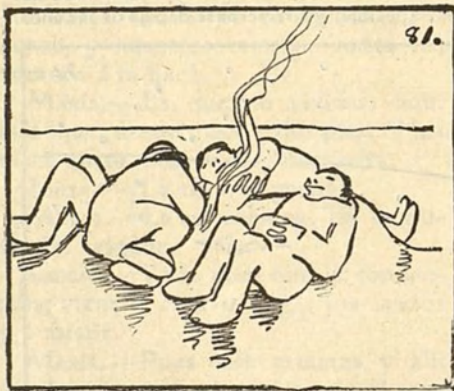
Pero como no hay bien ni mal que cien años dure. al cabo de alguna horas cesó de nevar.



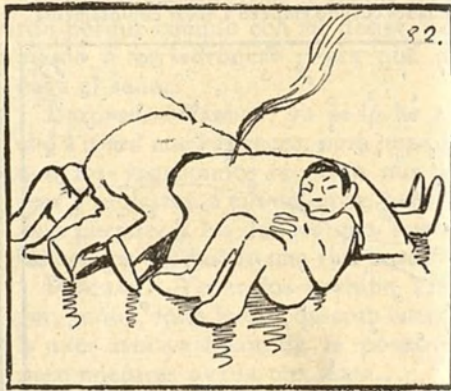
Una partida de lapones recorría aquellos lugares, dedicada á la caza de focas y lobos marinos.



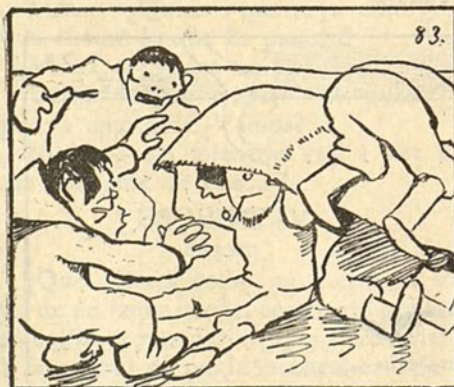
Les sorprendió la misteriosa columnita de humo, volcán en miniatura, con un marcado olor á tabaco.



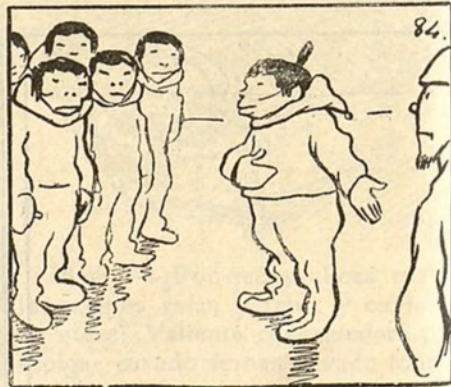
Al relativo calor que allí se percibía les pareció muy agradable echar una siestecita.



El sol fué derritiendo rápidamente la nieve; los lapones quedaron dormidos sobre la canoa.

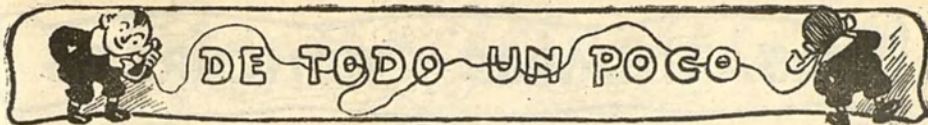


Bip, Tit y Kiski se levantaron y sacaron la cabeza de su guarida para observar qué tiempo hacía.



Entonces Kiski, con toda cortesía, hizo á sus compañeros la presentación de los marineros ingleses.

Continuará.



M AQUINISTAS AUGUSTOS

En nuestras modernas costumbres á nadie puede chocar ver á un príncipe de sangre real ni al mismo Rey guiar un automóvil y hacer gala de su gran destreza como *chauffeur*; pero nos chocaría verlos conducir una locomotora. Sin embargo, según refiere un periódico, el príncipe de Bulgaria, Fernando, ha hecho el viaje de Calais á París. Vestido con una chaquetilla de tela azul, un pantalón del mismo color y una gorrilla de maquinista, descendió de la locomotora en la estación del Norte, con gran asombro de las personas que habían acudido á recibirle.

El duque de Sutherland es también un excelente y entusiasta mecánico, y á menudo se le ve conducir un tren por los cuatro kilómetros de vía particular que unen sus posesiones de Dunrobin Castle á la red general de ferrocarriles.

Lo mismo hace en sus propiedades el marqués de Devonshire. El duque de Portland no posee vía particular donde ejercitar sus aficiones de maquinista; pero satisface su capricho conduciendo durante miles de kilómetros los trenes expresos de las grandes líneas.

El mismo duque de Connaught ha conducido también locomotoras, y el joven Khedive, en uno de sus viajes á Inglaterra, ha pasado toda una mañana sobre una máquina como mecánico.

E L TELEGRAMA MAS CARO

Cuando tenemos que enviar un despacho por telégrafo pasamos generalmente un rato calculando las palabras, para emplear las menos posibles. Los diplomáticos no se andan con estos escrúpulos.

El tratado de paz entre Rusia y el Japón fué comunicado íntegro al Zar. Ocupaba 15.190 grupos de cifras, y costó más de 30.000 francos.

M ERENGUES DE FRESA

Este dulce, tan delicado y tan apetitoso, no es difícil de hacer. Se toman seis claras de huevos frescos y se echan en ellas 120 gramos de azúcar en polvo. Esta mezcla

se bate muy bien, hasta que crezca y se espese la pasta ó crema blanca que resulta, y se deseca un poco sobre ceniza caliente, sin dejar de batir con regularidad. Después de esto, se añaden otros 120 gramos de almendras dulces hechas pasta, y concluida la mezcla, se van formando pellas ovaladas del tamaño de una cucharada grande. Se las espolvorea con azúcar muy finá, y se meten en el horno. Antes de juntarse las dos mitades se colocan entre ellas unos granos de fresa.

En el tiempo en que no hay de esta deliciosa fruta, suele emplearse el almíbar de la misma.

L OS PERIODICOS MAS RAROS DEL MUNDO

Por pequeña que sea la circulación de un periódico no igualará á la del que se hace para el emperador de Alemania, puesto que de éste no se tiran más que dos ejemplares.

Está redactado por dos secretarios especiales de Guillermo II, y se compone de los recortes de los grandes periódicos del mundo sobre el estado de opinión en las diversas naciones.

El periódico de menor tamaño es un diario de Mr. J. Desboutin, diario ilustrado que se imprime en una tarjeta postal.

C OLECCION EX- TRAÑA

A los que se maravillan de que haya gente que colecciona con el mayor interés sellos de Correos, fototipias, postales, etc., etc., les producirá seguramente verdadero asombro saber que hay un sabio americano, mister Rothschild, que colecciona... *pulgas*.

Este señor ha fletado un barco para recoger en las regiones polares pulgas de perros esquimales, osos blancos, zorros azules, porque parece ser que las pulgas, que á nosotros nos parecen siempre iguales, son muy distintas entre sí, y la del mono, por ejemplo, no se parece en nada á la que pica al hombre.

Mr. Carlos Rothschild posee ya 10.000 variedades de pulgas, y sin embargo, su colección dista mucho todavía de estar completa.

PASATIEMPOS Y CONCURSOS

GEOGRAFIA ZOOLOGICA

...TORO	Ciudad de Córdoba
...VACA	Idem de Murcia
MONO...	Villa de Alicante
...MONA	Ciudad de Sevilla
OSO...	Villa de Palencia
...OSA	Idem de Santander
GATO..	Idem de Castellón
GATA....	Lugar de la Coruña
CABALLO. (...)	Sierra de Lugo
YEGUA..	Río de Córdoba
ASNO (.... ...)	Sierra de Oviedo
CAN....	Islas españolas
...LEON	Río de Castellón
..RATON	Idem de Segovia
..RANA..	Capital
MOSCA.	Río de Cuenca
...BOA	Ciudad de Portugal
..PATA	Sierra de Cáceres
PALOMA.	Río de Cádiz
...AVE..	Ciudad de Toledo
OCA..	Villa de idem
AGUILA.	Idem de Córdoba
..GALLO.	Sierra de Cuenca
LÓBO.....	Monte de Orense
.....PERRO.	Sierra de Ciudad Real
...RES	Capital
CABRA:	Monte de la Coruña
....CARNERO	Villa de Madrid
CERDA..	Sierra de Castellón

ENIGMA ARITMETICO

Descomponer el número 816.348 en cuatro partes, de manera que la primera sumada, la segunda restada, la tercera multiplicada y la cuarta dividida por un mismo número, resulte siempre 12.

COMBINACIONES

ACROSTICAS

1.^a Hallar las siguientes palabras, todas de cinco letras; 1.^a, villa de Castilla; 2.^a, doctor español; 3.^a, infinitivo; 4.^a, nombre de varón; 5.^a, revolucionario de este siglo; 6.^a, nombre de mujer, y 7.^a, árbol.

Las iniciales de estas siete palabras, formarán en acróstico el nombre de una capital europea.

2.^a Variar el orden de colocación de las letras de cada palabra y que expresen

entonces: 1.^a, un infinitivo; 2.^a, árbol; 3.^a, emperador romano; 4.^a, apellido de un ilustre marino del siglo XVI; 5.^a, adjetivo; 6.^a, profeta, y 7.^a, población de Valencia.

Las iniciales expresarán el mismo nombre de la primera combinación.

CHARADAS

—¿Que *dos prima* este vestido?

—El *todo* muy desteñado.

Por dormir en cierto *todo*,
los *orimera* de este modo.

—Frio esta este *todo*, Andrés

—¡Ya lo creo! —*Una dos tres!*

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR

Al acróstico geográfico-zoológico:

J A C A
C A B R A
M U L A
F O R O
L E O N

Al jeroglífico numérico: Cecilio.

A la charada: Acelga.

A la muestra de un comercio: Segundo Diez y Diez.

Al concierto instrumental:

V I O L A
C L A R I N E T E
T R I C O R N O
F L A U T A
P I A N O
C O N T R A B A J O

A la incógnita: Gil. Rosa. Girasol.

Al jeroglífico comprimido: Delante de ti hay un negro.

A la criptografía: Nicolás Salmerón.

Al rombo:

L
L I A
L I U V A
A V E
A